

SANDERS, WILLIAM T. and JOSEPH MARINO, *New World Prehistory, Archaeology of the American Indian, Foundations of Modern Anthropology*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1970, VIII + 120 pp.

Este trabajo resume en forma interpretativa más bien que narrativa, la historia preeuropea del Continente Americano desde la llegada del hombre. Su énfasis está en el desarrollo de las áreas que alcanzaron logros más avanzados: Mesoamérica y los Andes centrales, determinado quizás tanto por la abundancia de datos, que permiten una mayor profundidad en la interpretación, como por la experiencia misma de los autores.

El libro está dividido en ocho capítulos de los cuales el primero es una revisión de conceptos generales de arqueología, necesarios para luego basar en ellos sus conclusiones. El segundo, bastante variado en su contenido, habla de la diversidad de América como campo de estudio, haciendo hincapié en las diferencias entre bandas, tribus, jefaturas (*Chiefdoms*) y estados como tipos de organización social, dando su localización geográfica. Termina con un enunciado de los problemas fundamentales de la Prehistoria de América, que, según sus autores, son el origen biológico de la población en cuanto a las interrogantes de cuándo, cómo y de dónde provino; el origen, difusión e historia de la agricultura; la creación de las sociedades estatales sólo en lugares restringidos y la definición de los factores y procesos de evolución de la cultura en cada área.

El capítulo tres trata de las bandas de cazadores y recolectores. Los

autores aceptan el esquema de McNeish y es interesante ver cómo agrupan y tratan, simultáneamente, los casos de poblaciones muy antiguas y las encontradas en ese estado por los conquistadores europeos. Este tratamiento, homotaxial en vez de sincrónico, demasiado poco común en libros de ese tipo, puede considerarse un acierto puesto que permite el explorar rasgos comunes y hacer más congruentes las comparaciones.

El cuarto capítulo es básico en la estructura del trabajo. Su tema, la evolución y revolución agrícola, permite el enunciado de la coincidencia existente en el cambio entre el sistema de adquisición de alimentos y las transformaciones que llevan a algunas de las sociedades a rebasar niveles inferiores que pueden culminar en el estatal. El libro aboga por el origen mesoamericano del cultivo y por la posibilidad de existencia de centros múltiples de domesticación, no sólo en el Continente sino dentro de cada área cultural.

Los capítulos quinto y sexto tratan de las secuencias mesoamericanas y andina central, respectivamente. Es útil la comparación entre los sistemas sociales de ambas áreas que forman una buena parte del armazón de las conclusiones de toda la obra en el capítulo ocho.

El séptimo capítulo estudia las regiones marginales que llegaron a tener sociedades organizadas por jefaturas, como la zona intermedia entre Mesoamérica y los Andes centrales, el Caribe, los Andes del sur, el suroeste de los Estados Unidos y los *Woodlands*. Para los autores el desarrollo es función de la interacción y sus límites con el ambiente, con el hombre, forman parte del cuadro natural, además del cultural. Explican también los fenómenos en función de difusión desde áreas de mayor desarrollo.

El último capítulo, de resumen y conclusiones, retorna en parte a problemas básicos de arqueología. En él se discuten dos problemas fundamentales para la arqueología del Continente: la evolución cultural y las posibilidades de difusión, interna y desde fuera. En la primera instancia, después de afirmar la similitud funcional entre la evolución cultural y biológica, proponen la definición de aquella como un proceso de competencia entre el hombre y otros organismos, especialmente con otros hombres, de acuerdo con Service. En ese proceso es de gran importancia el factor demográfico y, consecuentemente, el crecimiento de la población que, para ellos, es el carácter subyacente de los procesos de cambio social, incluyendo los de estructura, hasta llegar a la revolución industrial, que introduce un nuevo factor: la producción de energía por individuo. Sería conveniente plantear esa aseveración en cuanto a su posibilidad de aplicación a la revolución agrícola, puesto que esta representa también una forma más eficiente de obtención de energía, la alimenticia.

En este capítulo es donde se hace más notable la influencia del ambientalismo sobre Sanders y Marino. Para ellos, los sistemas de organización para el control de territorios entre los aztecas e incas era diferente sobre todo porque la fragmentación topográfica de sus paisajes respectivos obligaba a un nivel más alto de integración para el imperio suramericano. El razonamiento es un poco simplista pues ellos mismos aseguran

que la baja densidad de población y la dispersión de los asentamientos en el área andina —resultados claros de la fragmentación topográfica— inhibieron el desarrollo de la autoridad central.

Otro aspecto interesante de este capítulo es su apreciación de la distinta importancia del comercio en ambas zonas. Dada la mayor complejidad geográfica de Mesoamérica el intercambio tiene un papel más vital en su desarrollo. Su control dá a las sociedades más evolucionadas un impulso poderoso para la expansión de su dominio.

Los autores trabajan, en la última parte del capítulo, sobre los conceptos ligados al problema de la difusión. Para ellos este proceso puede resultar principalmente de factores como la migración y la fisión, por lo que, contra los que proponen contactos a larga distancia para la América prehispánica, un estadio más alto en la evolución implicaría un aumento del contacto, al revés de lo que suponen los partidarios de ella que las alegan para momentos relativamente tempranos de la secuencia. El contacto transpacífico, si existió, se podría definir como una serie de migraciones-micromigraciones fortuitas y esporádicas que no habrían dejado huellas considerables en las culturas del Continente. La difusión con éxito requeriría una comunicación periódica y continuada, lo que obviamente no hubo, y se manifestaría en rasgos que sobrepasarían los modos estilísticos en que es expresada generalmente.

El libro supone la translación a todo el continente del modelo de ecología cultural ya publicado para Mesoamérica (Cf. *Anales de Antropología*, vii, 319-23) por Sanders y Price. En él se trata de explicar la arqueología de toda América según el esquema resultante de la aplicación de las teorías de White, Sahlins y Service. Desde este punto de vista el trabajo contrasta, favorablemente, con otros que son puramente descriptivos o que se dedican a estudiar el pasado desde un punto de vista limitado a lo que de hecho es la historia del arte, aunque quiera presentarse como arqueología.

Los autores suponen, como estructura general, el paso, cuando menos en las altas culturas de Mesoamérica y el área andina, de las sociedades por estadios sucesivos desde la banda hasta el Estado. El problema principal es, como lo era para el anterior libro, el de la validez que puedan tener sus conclusiones en vista de lo poco que proporcionan los datos arqueológicos, especialmente con respecto a sistemas agrícolas y demografía, que les son fundamentales. La entropía resultante aumenta, puesto que esta publicación además de cubrir un territorio y una secuencia mayores, labora con una falta de trabajo sistemático más grave aún que en el de Mesoamérica. El examen del trabajo deja un poco la impresión de que los autores están acomodando los datos a sus hipótesis, y no viceversa.

Lo dicho no obsta para que el libro sea digno de leerse y tomarse en serio. Son trabajos como este, donde los autores se arriesgan a llegar a pasos más allá de la descripción, los que en última instancia proporcionan los marcos teóricos, necesarios para el estudio de fenómenos en regiones mayores, se esté o no de acuerdo con ellos.

En este caso específico su valor aumenta por la falta de literatura

de este tipo en el Continente. Queda sólo por expresar la esperanza de que su difusión sea muy amplia y de que se haga pronto su traducción para que sea leída como merece, puesto que es un trabajo de gran interés y que aporta a la arqueología americana una dimensión que antes no era parte de ella.

JAIME LITVAK KING